

PABLO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ



LAS NUBES
TIENEN
CICATRICES

UNIVERSO
LETRAS 

Los cristales rotos

Saber de ti es como mirar tu reflejo
en un espejo hecho añicos.
Te ves, no te reconoces
y sabes que estás ahí,
pero no eres tú,
sino pedazos de ti.

Cada vez que te fuiste y volviste
me he mirado en cada uno de esos fragmentos
buscando respuestas,
ni las tuyas ni las mías,
tampoco las nuestras.

Cada vez que imagino el futuro
es contigo, se torna diferente
y al mismo tiempo, a tu lado,
como dos pingüinos,
cobijados el uno en el otro.

Así pasan los días,
rumiando un recuerdo,
dejándome las uñas en tu roca
para no caer al vacío,
luchando con los pies y con los dientes
para acabar magullado
por tu idea,
la idea de volver a verte,
de no tener que desgastar tu recuerdo,
dejarlo sin color y con ese calor
de lo que ha sido desgastado por acariciarlo demasiado.

Quiero vivir una realidad a tu lado
y te lo digo, te lo susurro
y solo me escuchan tus miedos
que me susurran
no se lo permite, tiene miedo.

Ventanas al firmamento

Miro por la ventana y únicamente veo
un cementerio
y pienso que tal vez ellos
posean la verdad y la sabiduría,
que ellos escucharon mis secretos
y conocen la noche que hay dentro de mí.

Por suerte, no son capaces de hablar
y no te lo podrán contar para que no vuelvas a huir
sin zapatos,
descalza,
tal como nos conocimos
habiendo dejado los zapatos
en la entrada de la cama.

Teníamos que entrar con cuidado,
nos pudieron las ganas de tocar la piel,
de acariciarnos mediante palabras
y golpearnos con los labios.

No solo dejamos los zapatos,
también el pasado,
las corazas y las huellas.
Ahora veo que tú también
te dejaste olvidado el futuro.

Escribo sobre el futuro
de mi pensamiento mágico para intentar
escribir aquí nuestra historia,
porque merece ponerle palabras, letras, comas y puntos
y al escribirlo sueño
con que se haga realidad.

Como un niño que escribe una historia
y se la cuenta a sí mismo cada noche,
encuentra un refugio
y así pierde el miedo a sus monstruos,
dejando fuera a sus fantasmas
para encerrar su pasado en el armario.

Esta noche, al igual que el resto,
voy a dejar abierta la ventana,
encendida la luz
y te haré un hueco en la cama...
Por si decides regresar.

Despertar en un escalofrío

Hoy soñé contigo
y desperté cuando no quería hacerlo.

No hay una sensación tan devastadora
cuando despiertas de un sueño
que parece real
y te llevas la bofetada de la realidad.

He pensado en escribirte y contártelo,
pero he pensado, ¿para qué?
Los dos sabemos que es imposible
un para nunca,
un siempre jamás,
desperté y me tragué estos sueños
sin masticar,
se hicieron un nudo en mi garganta
y una patada en el estómago.

La mayor sensación de mi soledad
es soñarte y despertar,
ver un futuro contigo
y no tener un presente a tu lado.

Sentirte atrapado en una tormenta
sin escapatoria,
desnudo
y abierto con un libro que comenzaste a leer
y parece que no terminó de gustarte,
decidiste dejarlo abierto
sobre la mesa,
cubierto de polvo.

Por favor,
pasa la página
de una vez...

Lo que nos cubre nos hace más fuertes

Como cuando vas a dormirte
y notas que todo te arropa
y te invade una sensación de seguridad,
de firmeza y de paz,
entonces tomas consciencia de que esa sensación
no es tuya
te la dan las sábanas, la manta,
todo aquello que te cubre y protege.

Tan fácil como despojarte
de todas esas capas
para ver un cuerpo frágil,
esquelético, vulnerable,
que tiritita y se estremece
con los recuerdos de sus cicatrices.

¿Cómo sería sin esas capas?
Tal vez más real, semejante a sentirse vivo.
Y le hablo al miedo y se lo digo,
no sé si me escucha,
no acierto a ver si me oye.

Si presto atención deberé cambiar,
despojarme de todo ello,
exponerme al daño y al dolor,
al impacto de tu aliento en mi piel,
a la bofetada de tus caricias,
los mordiscos de tus besos
y el vacío de verte marchar.

Mientras te cubres
con tu camisón,
con las sábanas,
la manta
y el edredón.

Verte alejar
cubierta en un océano de capas
mientras te miro con los ojos desnudos
y el alma frágil.

Señales en el cuerpo

Es curioso ver cómo nuestros cuerpos
atestiguan cada impacto,
muestran las heridas,
manifiestan el dolor de todo paso que das
cuando llevas unos zapatos que te quedan pequeños.

Cuerpos magullados por las batallas
que libraron nuestras lenguas
ante golpes que nos dimos a través de caricias.

Se resienten al percibir que viene otro roce,
se acogen a protegerse
porque quererte duele
y hay que saber quererte
para dolerse,
y el dolor sana,
menos el tuyo,
que daña
con cada dolor,
con cada beso.

Acercarse a ti es como bañarse en el mar de enero,
una idea que atrae
hasta que la pruebas
y sientes los pequeños cuchillos
que se clavan en tu piel
para recordarte que estás viva,
y eso es lo que hicimos;
intentar recordar que vivimos.

Que estábamos vivos.

Y la primera lección de alguien que vive
es que se duele...
de la cercanía,
de la distancia,
de tus besos como punzones de hielo
que se clavan en mis labios
y los deja amoratados.

De tus abrazos que me asfixian
provocándome asma
y de tu mirada
que ya no me decía
nada...

Caminar con vendas en los ojos

Nos cuesta verlos,
nos cuesta vernos
aunque estemos cerca,
puesto que vernos es sentirnos responsables
de nuestra vida,
de los te quiero ahogados,
de los (a)brazos mutilados
y los besos con silenciador.

Mirarnos sin vernos o
vernos sin mirarnos
para disparar con una venda en los ojos
y unos grilletes en las manos,
agarrarnos a esa idea
como si fuese la roca
del precipicio de que nos caemos,
como si fuese la sensación
final de seguridad.

La última bala por disparos,
el fuego de la última barca
que quemamos.

Tus ojos lo decían todo,
como quien mira a alguien que sufre
con la empatía que otorga la distancia
de seguridad,
que te construyes tras los muros,
que te defendiera tantos años
y que tienen cada cañonazo marcado en su piel.

Nos alejamos de la distancia
creyendo que así estaremos bien
mientras tendemos nuestros ojos
con el deseo y las ganas
de que se crucen en la misma cama,
la esperanza de que podamos arrojarnos
con el grito de nuestra piel
cuando se acaricia
y el silencio de un postrero
beso.

Verte con las manos clavadas en mi interior

La fuerza de quien no siente su aliento
porque ya lo tuvo
y pudo expirar
entre tus labios,
agotar todos los te quiero,
terminar todas las rutas hacia tu interior
y sentir que tus manos
se clavan en mi pecho
hasta ahogar mis latidos.

Tal vez es lo que necesitas
para saberte viva,
para verte plena entre mis brazos,
que un aliento dependa de ti,
que lo último que expulsen mis labios
sea tu nombre.

Clavas tus manos en lo más profundo
de mi pecho y mis entrañas,
en mis pensamientos más ocultos,
en mis sentimientos hacia ti,
y así dejas en ellos las marcas de tus dedos,
de ese modo, la que venga después
pueda saber quién fue la primera
en hacer ese alunizaje
y no puede evitar contar
la historia que grabaron tus caricias en mi piel,
pues solo de ese modo te sientes segura
al marcharte
habiendo dejado huella
entre mis besos.

Primeras sensaciones al despertar

Abro los ojos y noto un rayo de sol sobre la cara,
cálido,
agradable,
el inicio de un nuevo día.
Decido remolonear en la cama,
que la sábana se haga mi capa
y el olor que dejaste en la almohada
se torne en la manta que abriga,
que evita la salida del calor,
que protege.

Esa sensación de algo nuevo
en tu vida
que te lleva a disfrutar
del rayo de sol que osó despertarte,
de la calidad del lecho
en un día de invierno.

Algo de energía
para afrontar el día,
las ganas de levantarte y no hacerlo,
al mismo tiempo,
de quedarte y disfrutar otra vez
de tus caricias que abandonaron nuestro almohadón
de besos;
y es que fueron el mejor desayuno.